



Luis Córdoba Solarte

“El tejido a punto no lo inventó una abuela, pero casi”.

(Angulo y Martínez, 2016: 52)

Desde que tengo memoria mi abuela, Amparo Vázquez, siempre ha estado tejiendo: muñecos, vestidos, camisetas y carpetas, entre muchas otras cosas. Todas estas manualidades inundan la visión panorámica que se obtiene al momento de subir las escaleras y abrir la puerta de su casa, donde vive con mi abuelo -Jairo Solarte- y la gata que adoptaron hace 4 años. Siendo un lugar en donde viven dos personas de la tercera edad, tiene cajones llenos de pastas, algunos tendidos viejos y muchas fotos de todos los miembros de la familia. Panorama que contrasta con el televisor pantalla curva 4k que adorna la sala de estar de la casa, en donde mi abuela ve sus novelas y reza el rosario y donde mi abuelo se ve las películas del oeste que colecciona.

Los lunes siempre resultan algo pesados pues marcan el inicio de la semana laboral o de clases, por ende, muy pocas personas están ansiosas de su llegada. Sin embargo, para mí, estos días se han resignificado desde hace ya más de 7 años; hace un tiempo el América jugaba a las 8 de la noche, por estos días es el momento en que visito a mi abuela, le ayudo con sus tejidos y ella me ayuda con los míos. En todos estos lunes de tejido he aprendido muchos términos que desconocía como “baretas simples,” “baretas dobles,” “punto alto” y “punto medio.” Pero, más allá de aprender y mejorar mis habilidades como tejedor, he aprendido muchas cosas de la vida de mi abuela, por las que nunca me había preguntado, pero que son parte de su historia de vida y que, hasta cierto punto, definen en dónde estoy yo en este momento.

Aproveché uno de los tantos lunes de tejido con mi abuela para comenzar el proyecto del curso, para el cual decidí realizar una bufanda con los colores emblema de una de mis sagas favoritas: Harry Potter. Entre cadeneta y cadeneta la abuela me enseña a tejer mientras se queja del mundo: de cómo mi abuelo no le hizo un favor, de cómo mi abuelo no le regresó una plata, de cómo mi abuelo no trajo el pan; al parecer las agujas, los hilos y la compañía hacen que sus ganas de quejarse estén a flor de piel. Esas tardes de lunes, entre queja y cadeneta nos pusimos a conversar sobre ella.

Mi abuela nació el 6 de junio de 1946 en la ciudad de Medellín, Antioquia. Su papá, Dámaso Antonio Vásquez, trabajó haciendo mantenimiento en una industria de telares. Su madre, Julia Charria, era ama de casa y se dedicaba en “sus tiempos libres” a tejer cosas para su hogar y para sus hijos e hijas. Mi abuela era la hija de la mitad entre 4 mujeres y 3 hombres. Cuando se mudaron a la Sultana llegaron a vivir a un barrio de la comuna 10 llamado El Dorado. Los niños y niñas comenzaron a estudiar en un colegio cercano donde ella y sus hermanas estudiaron hasta 5 de primaria mientras que sus hermanos lograron estudiar unos cuantos grados académicos más.

A la edad de 16, y a un año de casarse, aprendió a tejer. Mi abuela solía sentarse al lado de la abuela Julia -como todos la llamábamos- para ver cómo tejía. Me cuenta que le tomó 6 meses realizar una carpeta de 30cm x 30cm de colores verdes oscuros y claros con un borde de co-



lor blanco. Ante esta anécdota suelta una carcajada y dice: “pensar que antes me tiraba medio año en una «chimbadita» que ahora puedo hacer en hora y media... o quizás menos”.

Una vez casada, mi abuelo no la dejó trabajar y se vio obligada a ejercer las labores domésticas, así la economía familiar necesitara mejores ingresos. Entre tejidos, comidas, el aseo de la casa y salir los viernes a bailar con su esposo, se pasaban los días de su semana. A sus 56 años y aburrida de “no hacer nada” decidió emprender un negocio con dos de sus hermanas. Para ello, y sin decirle para qué, le pidió plata a su esposo a los que sumó sus ahorros y los aportes de las otras dos socias (la tía Luz y la tía Gladis) y montaron un local en donde no solo tejían muñecos y bisutería para vender,

sino que daban clases a personas interesadas. Esto lo hicieron por casi 6 años. Tiempo durante el cual pudo generar sus propios ingresos, con los cuales aportó a la economía familiar.

En esos años, no hubo fiesta familiar en la que las sorpresas, las rifas y los recuerdos no fueran algún muñeco, prenda o accesorio hecho por estas tres mujeres. Para mi primer cumpleaños, por ejemplo, ellas, en compañía de mi madrina y mi mamá, se dedicaron a tejer por dos días: osos, muñecas, collares y adornos para mesas fueron las manualidades que en el primer sábado de octubre del año 1995 se entregaron a los y las asistentes al festejo de mi primer año en este mundo.

Cuenta mi abuela que esa fue una de las épocas más movidas de su vida, pues sa-

lía todos los días, tejía, enseñaba, se reía y conocía mucha gente. Me cuenta que su hermana hasta logró salir en algunos programas de Telepacífico dando clases de tejido o mostrando las cosas que entre todas realizaban. Un cáncer de mama puso fin al negocio ya que tuvo que someterse a una gran cantidad de operaciones en senos, columna, ojos y otras partes del cuerpo que ni ella ni yo recordamos. Por todo esto se vio obligada a volver a su casa, pues su movilidad se redujo bastante. En este momento de su vida, el tejido se volvió su gran aliado, le ayudaba a distraerse en casa y le dejó seguir realizando piezas que lograba vender tanto en la ciudad como fuera del país. Para las exportaciones se ayudó de la segunda de sus hijas, mi tía Liliana, pues ella vive en la ciudad de Miami. Aunque sus manos son regordetas y temblorosas, todavía realizan los trabajos con gran calidad, pues son años de experiencia. En palabras de Sennett (2011), mi abuela se hizo tejedora tejiendo.

Luego de las charlas con la abuela me di cuenta de que mi gusto por el tejido no es gratuito, pues tanto ella y sus hermanas, como su mamá -sin contar algunas de las hermanas de mi abuelo- han tejido durante gran parte de sus vidas. El acto de tejer para mi abuela fue una herramienta de emancipación económica que le permitió no depender de mi abuelo -su esposo- para comprar sus cosas y aportar a la economía familiar en un momento en el que no estaba en la mejor de sus condiciones.

En la mitología Griega Las Moiras eran las encargadas de “tejer” el destino de los y las habitantes y la muerte llegaba el día en que les cortaban el hilo de la vida. Mi abuela, por su parte, no cuenta con esas bondades, pero es una Moira ya que a través del tejido logró construir su libertad económica; pese a la negativa de mi

abuelo con respecto a su trabajo, encontró en las cadenas y las agujas la llave para abrir la puerta de su emancipación y tejer su propio destino. El tejido fue su manera de rebelarse contra el sistema patriarcal que la obligaba a vivir el día a día dentro de las mismas cuatro paredes, ejerciendo labores domésticas y sin las posibilidades de salir y experimentar vida por fuera de las dinámicas hogareñas. Fue gracias a ese trabajo manual que logró salir de la casa y conectarse con el mundo. Hoy en día, a sus casi 80 años, el trabajo manual sigue formando parte de su cotidianidad y aunque su vista ya está cansada y sus dedos rechonchos son menos ágiles, sigue construyendo piezas con un nivel de detalle que solo es resultado de la experiencia y la pasión.

Bibliografía

- ANGULO, A. Y MARTÍNEZ, M. (2016). La evolución del nudo: un poco de historia en “El mensaje está en el tejido.” Futra textos, Ciudad de México. pp. 52 - 71
- SENNETT, R (2011). El artesano atribulado en “El artesano”. Editorial Anagrama, Barcelona. pp. 31-71

Luis Córdoba Solarte

Es egresado de los programas de Antropología y Sociología de la Universidad Icesi.